

Berck se casó, tuvo tres hijos (dos suicidas, uno muerto en la guerra) y llegó a cifrar 95 años. Sus cartas merecieron la asombrada admiración de Thomas Mann, y no es poca admiración. Mann, a pesar de su pose olímpica, y a favor de su olímpica seguridad, nunca se privó de reconocer a sus colegas mayores y menores, Tolstói o la muchacha que, andando el tiempo, se hizo autora de algunos libros más. Y bien, mister Wilde: no sólo es que la Naturaleza imite al arte sino que, en cuanto nos ponemos a contar una vida, se nos convierte en novela.

Justicia política. Fundamentos para una filosofía crítica del derecho y del Estado, Otfried Höffe. Traducción de Carmen Innerarity. Edición e introducción de Juan Carlos Velasco, Paidós, Barcelona, 2003, 229 pp.

La justicia, con ser una de las ideas y ocupaciones más antiguas de la humanidad, se ha resistido a la tarea conceptual. Generalmente, los filósofos han dicho cómo es ella pero no qué es. Más habitualmente, se ha hecho su teología negativa, se ha señalado algún hecho o personaje como injusto.

Höffe intenta investigar las posibilidades de una categorización moderna y racional de la justicia, parienta cercana de la política y el

derecho. Lo hace, especialmente, para defenderla tanto del positivismo jurídico, que niega la existencia de una justicia exterior al ordenamiento legal (todo derecho es justo, en este sentido) y del anarquismo, que niega, llanamente, la existencia de justicia mientras existan el Estado y su aparato coactivo.

Su planteamiento invierte los términos del positivismo y rescata la función justiciera del Estado: el derecho que no es justo no es jurídico y el Estado es el garante del derecho, o sea de la justicia. En cierta medida, comparte el enfoque de Rawls, en tanto la justicia y su hermana mayor, la equidad, operan a favor del bienestar colectivo, de los bienes sociales básicos.

A su vez, el Estado no es tal si no es el representante del pacto social, que para Höffe es una metáfora, pero que asegura que los afectados pueden reclamar beneficios y la derogación de los perjuicios al participar en la legitimación del poder. Sintetizando: no hay justicia sin ley, no hay ley sin Estado, no hay Estado sin democracia.

En tiempos de un triunfante y extremo utilitarismo, Höffe intenta, con buenos resultados, rescatar la justicia como contenido de la vida social a través del derecho y de la dinámica política que lo sostiene, en última instancia. La justicia, que, concepto o sentimiento, trascendencia o conveniencia, siempre está allí, lo mismo que la injusticia.

Los usos de la retórica, Adelino Cattani. Traducción de Pepa Linares, Alianza, Madrid, 2003, 231 pp.

La palabra retórica, que designa una de las actividades esenciales del discurso humano –la de persuadir o demostrar por medio de la palabra bien empleada– goza de una desdichada mala fama. Adjetivar a una persona o un libro de «retórico» es poco menos que considerarlos habladores, superfluos y en las orillas de la mendacidad.

El profesor Cattani, que ejerce la cátedra de la materia en Padua, propone restaurar el valor de la retórica, valiéndose de una nutrida y divertida casuística donde alternan los grandes ejemplos clásicos (Quintiliano, Montaigne, etc) con eslóganes de publicidad contemporánea, muletillas de la vida cotidiana, convenciones engañosas de los políticos y demás variedad de la seducción verbal.

Más allá del arte oratoria y de las buenas maneras que explican los manuales de cortesía, Cattani rescata el valor epistemológico de las retóricas, a saber: cómo ponen en escena lo contradictorio del razonamiento, cómo la voz del uno incorpora la voz del otro, cómo la verdad, siempre dicha a medias, es obra hecha en común, algo social y participativo. Finalmente, propone un decálogo de los derechos del disputador libre y lo sitúa como complementario del decálogo virtual de

sus deberes de respeto a la opinión ajena, escucha de la alteridad y acogimiento de las convicciones de los demás en el inabarcable mundo de las dudas propias.

El trabajo de Dionisos, Antonio Negri y Michael Hardt. Traducción de Raúl Sánchez Cedillo. Akal, Madrid, 2003, 152 pp.

Negri y Hardt siguen extrayendo consecuencias de su planteamiento neolibertario, esta vez aplicado a la consideración del trabajo. Su punto de partida filosófico es un monismo metafísico que, en propias palabras, propone hacer tabla rasa con la historia y volver a los principios. Podemos pensar en Rousseau y en el costado anárquico del romanticismo, cuando se nos definen esos principios: el individuo como uno, el sujeto como hecho y hacedor, el trabajo salvajemente creativo y alegre que yace bajo la explotación y el dirigismo capitalista del trabajo productivo.

Desde estos presupuesto, los autores intentan rescatar a Marx para su empresa y, con él, al comunismo pero, desde luego, no con las experiencias del socialismo real, que se quedan fuera de la órbita marxista. Quizá quepa pensar en el Marx de los *Manuscritos*, creyente

en la libertad original del hombre, que la sociedad enajena y la revolución devuelve en su estado prístino.

El comunismo o socialismo real ha caducado, el reformismo es imposible (aparte de perverso, aburrido y cruel) y el capitalismo es inviable. El Estado es también imposible y la normativa jurídica, irreal y alienante. Sólo cabe, para los autores, destrozar todas las alternativas y acceder a la libertad que, fuera de cualquier utopía, promete la democracia de la multitud. Es un riesgo mortal, lo que denominan *desutopía*.

Como en otros textos suyos, Negri y Hardt hacen un cuadro terminal de nuestra sociedad (entendida en términos amplios, desde que se fundó la explotación del trabajo) y proponen un cambio radical que equivale a una refundación, descrita en términos abstractos y, más que política, según su propia calificación, metafísica.

B. M.

Mirar la luna. Poesía completa 1974-2002, Diego Martínez Torrón, *Sial*, Madrid, 2003.

Nos hallamos ante un libro que es una suma poética. Editado con el cuidado y el rigor característicos que la editorial Sial imprime a sus

libros, esta obra nos permite conocer en profundidad la obra de un poeta de la generación del 70, la más brillantes de la poesía española desde la del 27, en la que figuran nombres como Gimferrer, Carnero, Siles o Talens. Poeta del sí, de la afirmación rotunda de la vida, Martínez Torrón ha hecho del amor el eje dinámico de una obra que ha conocido una curiosa evolución, desde el vanguardismo culturalista hacia una poesía depurada e íntima.

En efecto, los primeros libros, *Deliquios* y *Guiños*, muestran la pasión juvenil por la vida, expresada mediante figuras y paisajes culturales. Como corresponde al primer momento de su generación, Martínez Torrón aprende de Cortázar que la cultura puede y debe ser expresión de juventud y entusiasmo:

Deja venir la noche,
tarde perlada de Venecia
en recuerdo,

...

Joven para siempre,
al amparo de la luz,
París y otras ciudades...

Pergolesi, el mar Mediterráneo, Ginebra, Chagall..., van configurando así lo que bien pudo llamar Dylan Thomas *el mapa del amor*. La geografía vanguardista y juvenil de estos dos primeros libros de Martínez Torrón merecen una atención suma del lector verdadero de poesía. En ellos encontrará la pri-

mera ley de la poesía irracional y fresca, no realista, no sujeta a programas burgueses de diseño social: la ley de la imaginación. Esta libertad, este respeto hacia el lector, se muestra en imágenes insólitas, en las que reconocemos, sin embargo, una experiencia común: *Amantes. Una palabra lagarto en la noche de árboles y frutas*. Y no hablo sólo de una experiencia generacional, de lugares y hechos míticos de una juventud, la del 70, que no hemos conocido los que nacimos por aquellos años:

Cada nota de sus guitarras
habla de amor.
Esto es América
en un verano de 1975.

La experiencia que tiende a reflejar Martínez Torrón es lo que él mismo ha definido como una *experiencia de la luz*. Desde el vanguardismo inicial de los citados libros, su obra evoluciona hacia una forma más sencilla, más despojada y esencial. Es notable el uso del poema en prosa en los primeros libros (muchos de los mejores poemas de la obra completa son poemas en prosa, como la muy lograda y rítmica *Balada de Crazy Horse*). Pero el cambio formal desde la experimentación novísima señalada hacia la lírica sosegada de libros como *Alrededor de ti, Las cuatro estaciones y el amor, La otra tierra, Tres pájaros en primavera y Sobre tus labios*, no

invalida el tema central de la obra entera de Martínez Torrón: el amor, como búsqueda imaginativa en la primera etapa, y el amor en plenitud de mediodía, el amor conquistado de la última etapa. La de estos últimos libros es poesía amorosa muy personal, familiar, centrada, guille-niana. Pero también poesía que no evita los momentos eróticos –véase el homenaje *Underwood girls (Salinas)*, en el que la máquina de escribir es sustituida por el cuerpo de la amada, sobre el cual los dedos del poeta son *taquígrafos del placer*–. Poesía en la que está presente la reflexión sobre el mismo hecho poético: ¡Qué difícil es la palabra! / Esa palabra oscura / que no entendemos / y trata de ser luz. El arte poético, en fin, como el ideal más alto al que puede aspirar un hombre, el lugar donde triunfa la idea. Y, como cúspide de la visión, el amor a una mujer y unas hijas, el realizarse en el otro. Aquí, Martínez Torrón ha entendido de un modo muy personal el fundamento de la otredad, que vertebra el gran poema *Piedra de sol*, de Octavio Paz, al que también se le rinde homenaje en el libro. Mediante el amor, logremos trascender nuestra limitada individualidad, ingresando en lo eterno. *Tres pájaros en primavera* es, así, piedra angular de la segunda etapa del poeta, como *Guiños* lo es de la primera. La publicación de esta obra completa confirma de modo rotundo la importancia de